

15. ENTRE EL PAYARES Y EL GÜERNA: DE SANTA MARINA A FRESNEO POR LA CUMBRE DEL CORDAL DE YANOS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Santa Marina (sobre San Miguel del Río), hacia las 9 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Fresneo (sobre Fierros), hacia las 5 de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** La Vega'l Pando, Yan de la Gachina, Alto las Tixeras, Alto Las Estacas, Alto'l Carril, Braña, La Vega'l Puzu, Las Yanas de Casarín, Fresneo...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-bajo (salvo una subida inicial por pista, todo el tiempo caminamos por sendas apacibles sobre la cima de Yanos, hasta que descendemos, finalmente, a Fresneo).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** invierno, cuando los caminos de la cumbre están más visibles, una vez aplastados los felechos por la nieve.
- **TIEMPOS:** la ruta se haría bien en 4-5 horas.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos de Santa Marina, cuando ya los *madrugaores* vecinos y vecinas llevan algunas horas animando el pueblo con sus faenas de siempre ya casi en primavera: *poblar* los ganados, preparar la sementera en los güertos más tempranos, encender la cocina, ir preparando el *pote*... Porque en Santa Marina, desde que rompe el alba, ya *buchen las caleyas*.

Como la ruta va a ser corta y el cielo asegura el día, charlamos algún rato con estos vecinos y vecinas, que nos aclaran, siempre amables, los pormenores de la andadura: caminos, *atayos*, fuentes, parajes, nombres ...

Tomamos el camino que asciende entre las casas en dirección noroeste (unos 270°) hacia el alto del cordal, por La Vega'l Pando. En pocos minutos el *camín* enlaza con la pista que pro-

cede en travesera desde Yanos de Somerón.

Seguimos la calzada a su paso por El Turuchú, La Zarrá, Las Cochás, El Quentu Guzán, Los Fitos... Subimos despacio, contemplando el valle del Payares, que también despierta a nuestra izquierda entre las nublina de Valgrande.

De paseo entre las *cerezales* ya *florías* junto a las *cuadras*

Flanquean el camino unas cuantas *cerezales*, prematuramente florecidas entre las *cuadras* bajo Pando: demasiado tempranas para estos comienzos de marzo.

Las espesas flores blancas del *cerzaliru* nos hacen pensar en los suculentos racimos rojos que lucirán, verano arriba, si alguna *xelá* a destiempo no da con ellas en el suelo, mandando al cuerno la cosecha. Son las leyes de los altos,

sometidas, también ellas, a los reciclajes de los tiempos.

Por todo el valle del Payares, en una y otra ladera, destacan espigadas las inconfundibles *cerezales*: blancas, ovaladas, con las ramas aún sin hojas, *las cerezales* se distinguen a distancia de las *espine-ras* (también blancas, pero más redondas, más compactas, más *priet-tas*, bastante más chaparras).

La Vega'l Pando: una campera en la cima, bien orientada al saliente

Entre las hileras de cerezos que jalonan el camino, llegamos sin darnos cuenta a los altos de Pando (lat. **pandu**, 'arqueado, pandeado, cóncavo'). La vega de la cumbre justifica sobradamente el nombre: una marcada depresión en la pura cima, que comunica los dos valles mayores del concejo (al noroeste, el Güerna; al surdeste, el Payares).

Poco antes de la línea divisoria del cordal, retirada lo justo para evitar las brisas y los vientos de la altura, levantaron los lugareños la cuadra y la *cabana del preu Pando*: un conjunto conservado en piedra labrada, para servicio de ganaderos y ganados. A la derecha, el establo; a la izquierda, la cabaña: ambos, con el portal y las puertas respectivas buscando el saliente, ya desde las primeras horas de la mañana.

Desde la campa *soleyera* de Pando, contemplamos los últimos pueblos de la vaguada que termina entre las *fayas* de Valgrande: El Nocíu, abajo; La Malvea, un poco

más arriba; Polación, casi en la antojana del hayedo. Y, frente a nosotros, las casas de Payares, tan estiradas en la ladera, que se diría fueron levantadas al servicio de un camino (*el camín del Puerto*).

El ruido cansino de los camiones llega a nosotros monótono, al ritmo trabajoso impuesto por las pendientes: La Romía, El Posaúriu, El Ruchu, La Casa Tibigracias... Con un merecido minuto de silencio para sus pacientes camioneros, cambiamos de ladera por el cordal de Yanos.

Salimos a la cumbre por el *pando* y dejamos que la pista se aleje a la izquierda, por Prao grande, hacia los puertos del Pedroso, La Vachota... (en verano bajaremos por ella). Giramos hoy a la derecha en dirección norte por la cima del cordal.

Yan de La Gachina, entre la leyenda de los pitos y los güevos de oro

La senda de los vaqueros (*el camín del puerto*) sobrevive aquí entre pista y pista, de modo que la retomamos aunque sólo sea por unos metros entre El Pando y Yan de la Gachina. En estos días, ya finales del invierno, la senda brilla entre unos parrotales despiadadamente calcinados.

Con la vista entre los acebos ennegrecidos, y el pensamiento en el botín de la estrategia (un par de liebres, tirando largo) llegamos en pocos minutos a Yan de la Gachina.

Unas cuantas gallinazas, aún recientes, justifican en el *peornal* el



En Santa Marina, de *filanguiru na caleya*

nombre de la campa *topaera* al filo de la cima. Y una arraigada leyenda de *pitinos* y *güevos de oro* prolonga en el tiempo el ingenio de los lugareños en busca de orígenes pasados para cada nombre de su braña. Quedan, de momento, el topónimo y unas cuantas *gachinazas*.

Desde la campa soleada, recreamos la vista, por un buen rato, con los poblados cimeros del Güerna, apostados al cobijo de las peñas (Traslacruz, Riospaso, Tuíza...).

Luego, vamos pasando por Las Tixerías (ya no quedan por allí tampoco *texos*). Y pronto damos en Las Estacas: otra campera vistosa en pando, desde la que seguimos el abanico de los pueblos que se van abriendo a uno y otro lado del cordal de Yanos.

Es mediodía, y el sol brilla en las casas payariegas, que se dirían colocadas como iconos en pers-

pectiva a lo largo del *camín real*. A nuestros pies, de nuevo Santa Marina.

Mensajes a viva voz entre laderas vecinas

Nos acomodamos sobre aquellas *chábanas* en el pando de Las Estacas. Y desde la perspectiva que siempre ofrece el valle oteado desde el alto, nos explicamos una costumbre más de esos pueblos casi plegados entre las laderas de un mismo valle de montaña.

Nos habían contado las vecinas de Santa Marina que para comunicarse con los de Vichar, al otro lado del río Valgrande, dialogaban a voces entre ladera y ladera. Así, hasta hace veinte, o treinta... años, cuando aún no había carretera ni teléfono, se enviaban mensajes mutuos a viva voz, articulando las palabras con intensidad

y tono suficientes para que fueran percibidas con nitidez en el pueblo opuesto.

Los mensajes podían ser variados entre familias, amigos, o con cualquiera dispuesto/a a echar una mano cuando alguien la solicitaba: “*mañana vamos a sachar, a ver si podéis venir algún*”; “*fay-me falta furmientu pa amasar: échame un poco por el que xuba a poblar*”; “*mio madre ta muy mala: facía falta que vinieras...*”

En otras ocasiones, se tomaban mutuamente el pelo dándose *tachas* en mofa, por los desarreglos observados (o fingidos) desde la ladera vecina en las labores rurales: “*¡vaya estaya más torcía que tas dexando!*”; “*¿qué pasa que los de Vichar nun sabéis arrandiar?*”; “*esi que va detrás nun siega nin pa echase*”... Y bromas semejantes por animar un poco las horas entre el alba y el atardecer sobre aquellos poblados.

Otros mensajes “inalámbricos” entre la casa y la braña: *un trepu, un sébanu...*

El sistema comunicativo para la transmisión de mensajes tan “inalámbricos” (sin *moviline*, ni *novistar*, por supuesto) se extendía hasta los montes más altos del cordal, visibles desde el valle, cambiando simplemente el código.

Para esas distancias más largas, en vez de dar voces, la familia del brañero colocaba *un trepu blencu* (*sábana, sébanu...*) en posición acordada entre *home y muyer, pa-*

dres y fíos..., antes de *xubir pal puerto*.

El código (no verbal, por tanto) se reducía a una simple orientación, lugar, color y tamaño del estandarte acordado: en un contexto, quería decir que “*facía falta que baxara del puerto*”; en otro, que ya había ocurrido algún suceso esperado o una desgracia...

Inversamente, el brañero enviaba con el mismo código sus comunicados desde los altos de las *cabanas*. Había que agudizar el ingenio, ya también en aquel entonces “inalámbrico”.

Con los ecos de aquellos mensajes colgados de los altos, volvemos de nuevo al *camín de los vaqueros*. Dejamos la desviación que desciende a la izquierda entre los *praos* de Las Estacas en dirección a Las Piñeras, y seguimos la senda a unos cien metros de la cima por la cara oeste de la vertiente.

Un carril por el alto del cordal, paralelo a Carraluz

El *camín del puerto* se tiende casi horizontal por el hayedo ahora deshojado. Un par de tramos más anchos nos hacen pensar en el nombre del *carril*: un *camín de carros*, correlato por el alto del que discurre más bajo (a media ladera) por Carraluz. La simetría de los nombres parece indicativa de sus funciones diversas según los rigores estacionales de estas cimas.

Y así llegamos entre las *fayas* al pando del Carril: conjunto de *praos* (hoy sin *xebes*), *cuadra* y *mayéu*, con una *peruyal* muy vie-

ja al borde del camino. El peral silvestre, con las yemas a punto de brotar, nos recuerda la preocupación que tenían aquellos vaqueros previsores por conservar los frutales, siempre imprescindibles en torno a las caserías de los altos.

Es mediodía (lo sabe bien el estómago), por lo que nos tumbamos en la penumbra de unas gruesas espineras, con ramaje escaso todavía, pero suficiente para mitigar lo justo un sol picón sobre la loma. La espinera deshojada nos asegura que siguen existiendo los inviernos, a pesar del “reciclaje” (o los caprichitos) de estos tiempos.

Los signos del agua, o la lección de unos *borricos* tras el *miriu* a media tarde

Unos cuantos *borricos* y *borricas* (así llaman en estos pueblos a los ‘caballos y yeguas’ nativos de la zona) nos enseñan, sin pretenderlo, el camino del agua. Descienden al trote los caballos desde los altos de Sierrascrita, justo por delante de nuestras mochilas, al tiempo que miran de reojo, por si algún terrón de sal o azúcar tendido sobre la mano pudieran atisbar de paso. Bien lo sentimos, pues parecen nobles.

Caballos, yeguas y potrencos cruzan animosos el *mayáu* a buen galope; toman la senda a la derecha de la cuadra del Carril en ruinas, y se adentran decididos en el monte hacia la fuente del hayedo.

Sin pretenderlo nosotros tampoco, aprendimos la lección ofrecida sobre un medio montañoso, pero

tan escaso en agua por la cima del cordal: inconfundibles, nos guían a un abrevadero. También unos *borricos* nos pueden enseñar el *camín* del agua, cuando las propias fuentes se esconden en inviernos tan secos como éste.

La *cuaña* Sierrascrita: los límites escritos en las rocas de los altos

Con la vista tendida hacia Yanos de Somerón (derecha del cordal), retomamos la senda, siempre en dirección norte, hacia la cima de la loma (*el somerón*, en propiedad). Es Sierrascrita: tal vez en alusión a los límites entre propiedades monacales de Arbas, Munistiriu..., o a cualquier otro dominio señorial.

Por el verano y otoño arriba, la senda del Carril apenas se percibe entre tanto arbusto; pero ahora, bien marcada a finales del invierno, con los arbustos sin ramas y los *felechos aplastaos* por la nieve, la identificamos bien.

La senda se estira arriba por la parte más apacible de la cresta, siempre buscando la línea cimera divisoria: siempre buscando el sol. Así, continúa casi *yana* por todo el cordal que separa Güerna y Payares. En ocasiones, el camino sigue recto, semioculto entre algunas *urcias* y *gorbizas*, siempre tupidas de verde. Siempre ajenas al invierno, también ellas.

Sin dejarse caer a uno ni al otro lado del cordal de Yanos, el *camín carril* asciende ligero por la izquierda de las serraspas. Cruza-

mos la cima por una amplia calzada labrada entre las piedras: *La Cuaña* Sierrascrita. El paso entre peñas indica la anchura del antiguo camino, tallado en los dos metros que todavía conserva de caja entre peña y peña. Hubo de ser paso con trasiego importante.

El Monte las Chinares (sobre las tierras fonderas del *sinu*, el 'lino')

Por la cima del cordal de Yanos, el *camín del puerto* se sigue desdibujando con el desuso y la disminución de los vaqueros (los ganados, ahora también van sobre ruedas). El *camín del puerto* no puede competir con las pistas de montaña, ni con las carreteras, ni con el reajuste obligado de los tiempos: tampoco las pistas o las carreteras pueden competir con la subidad y el sosiego de los senderos.



El *tsar* del *suilu* y las *plegancias*

El caso es que se fue marcando un camino paralelo al borde de las *fayas* de Las Chinares. Y por el hayedo caminamos mejor, amortiguados los pies con el edredón esponjoso de *fueyas* esparcidas desde el otoño por el *fayiru*. Se diría que una parte del camino sigue al sol, y otra, a la sombra, tal vez para facilidad del trasiego, según tenga lugar en días invernales, o en días soleados.

La explicación del Monte las Chinares (con que se denomina el hayedo) sigue más abajo por la vertiente de Piñera y Carraluz. Llamamos La Iría Chinares a una zona sobre ambos pueblos, donde sembraron *lino*, *tsinu*, y *escanda*, antes que patatas.

La Fuente Braña, en la confluencia de unos caminos que se ensanchan buscando el agua

Siempre al borde entre las *fayas* y las *carbas*, bordeamos El Monte las Chinares por la cima que desciende a la vaguada en pando de Braña. Pronto damos en el cruce de caminos divisorio entre las vertientes: a Yanos (derecha bajando), a Carraluz (izquierda), a Bendueños, a Herías (de frente...).

A medida que nos acercamos a La Fuente Braña, aumenta el ancho y el número de sendas que confluyen en busca del abrevadero. Allí, una vez más, las sendas se vuelven imborrables con el trasiego de los ganados y animales del monte, siempre a medias entre

los aseladeros del bosque y los lugares del agua.

El trazado, en fin, convergente de los senderos nos lleva rectos a los *carrascales*, que guardan inconfundibles el manantial de la *braña*: una fuente a la izquierda de la loma, entre la cuadra y la falda del Curuchu (unos 1250 m), justo al borde del camino que continúa hacia Bendueños por la cara oeste del picacho.

De La Fuente Braña a La Vega'l Puzu

Con el objetivo propuesto de recorrer toda la cima divisoria del cordal de Yanos, retomamos el *senderu* al filo alto de la loma. Con un trago más para el repuesto, dejamos la fuente, y ascendemos por cualquiera de las sendas hacia la cumbre del cordal. A nuestra izquierda quedan, por otro viaje, las vistas interminables que se desuelgan desde la cruz del Curuchu. Tiempo habrá para volver.

Siempre en dirección más bien norte (unos 30° al nordeste, ahora), en pocos minutos divisamos la vaguada en pando de La Vega'l Puzu (unos 1200 m de altura), protegida del viento norte por espesos *carrascales* (*acebales*, como se empeñan algunos). A nuestra derecha va quedando Martín Birmiyu, La Mortera Fresneo... Toda la vertiente de Yanos.

Por la senda entre los *carrascos* (izquierda del *mayáu* bajando), nos sentamos un rato a contemplar el valle de Lena abajo, desde la *cabana* en ruinas de Juan Carreño:

hoy también entre los *artos*. Y desde el silencio verde del *carrascal*, los pueblos de Herías, Campomanes, La Vega'l Rey, La Pola... se van perdiendo en la *nublina* de la mediatarde, ambas ya casi rendidas (tarde y *nublina*) lo mismo que nuestros pies.

Al otro lado de La Vega'l Puzu, a pocos metros bajo la cumbre del *mayéu*, sobre La Mortera Fresneo, están las *murias* de *La Teyera*: un recinto de paredes enterradas con las *barcias*, en el que se encontraron, entre las *teyas rotas*, algunas monedas con varios datos legibles (la fecha de 1877; o unas inscripciones: "*Alfonso XII por la gracia de Dios*"; "*Rey Constitucional de España*").

Entre los respigos de un nombre (El Mayéu l'Infierno) y un bosque de 'alcáfresnos' (La Cafresnal)

Nos vamos del *carrascal* a los *fayeros* con la vista puesta en los *praos* de La Canalá (verdaderamente 'acanalada'), y en el Mayor Infierno (Mayéu l'Infierno, para otros), nunca sabremos si nombre debido más a lo boscoso y lúgubre del paraje, o a la frialdad del viento norte en las ventiscas.

El caso es que por frío, por alejado de los pueblos, o por *chobiniegu* entre las *fayas*, quedó el nombre de *Mayor Infierno* sobre el paraje: en realidad, simple deformación del *Mayéu l'Infierno*.

Arrimamos, travesera arriba, en dirección nordeste (con esos 30° citados), camino de Casarín. A

nuestra derecha van quedando más altas y encrespadas las serras de la caliza. El camino nos lleva sin problemas por todo el hayedo a lo largo de la loma (*El Quentu la Cafresnal*).

A nuestra izquierda quedan los abundantes *alcafresnos* que justifican de sobra el topónimo, y que, llegada la *seronda*, se volverán a pintar de racimos rojos. Y a la derecha, por la vertiente surdeste de la cima, está La Penasca la Vega'l Puzu, con algunos trozos de cuarcitas casi rosas, en la parte medio fondera.

De paso entre unas *fayas* calcinadas, que ya no sentirán, un año más, la primavera en sus venas

A poco de columbrar la loma, lamentamos otra vez (no será la última), un reciente troncadal de *fayas*, sobre el que aún huelen y humean las cenizas asustadas tras la quema irresponsable. Por un buen rato, acompañamos en silencio aquellas *fayas* silenciadas, que ya nunca sentirán en sus cortezas una primavera remozada.

Con la mirada en el suelo, tanto por evitar los *los tizones del cada-val*, como por falta de palabras, retomamos la senda que descien- de hacia Fresneo.

Bordeamos cabizbajos lo que, generosamente, del hayedo dejó el fuego. Por cualquiera de las sendas vamos descendiendo a la derecha en busca del sendero por los *cantos* (unos 90° al este). Pronto divisamos las casas de Fresneo: una me-

dia hora larga —calculamos— de andadura descendente, aunque más bien zigzagueante y suave.

De paso por La Barcelona: como suena

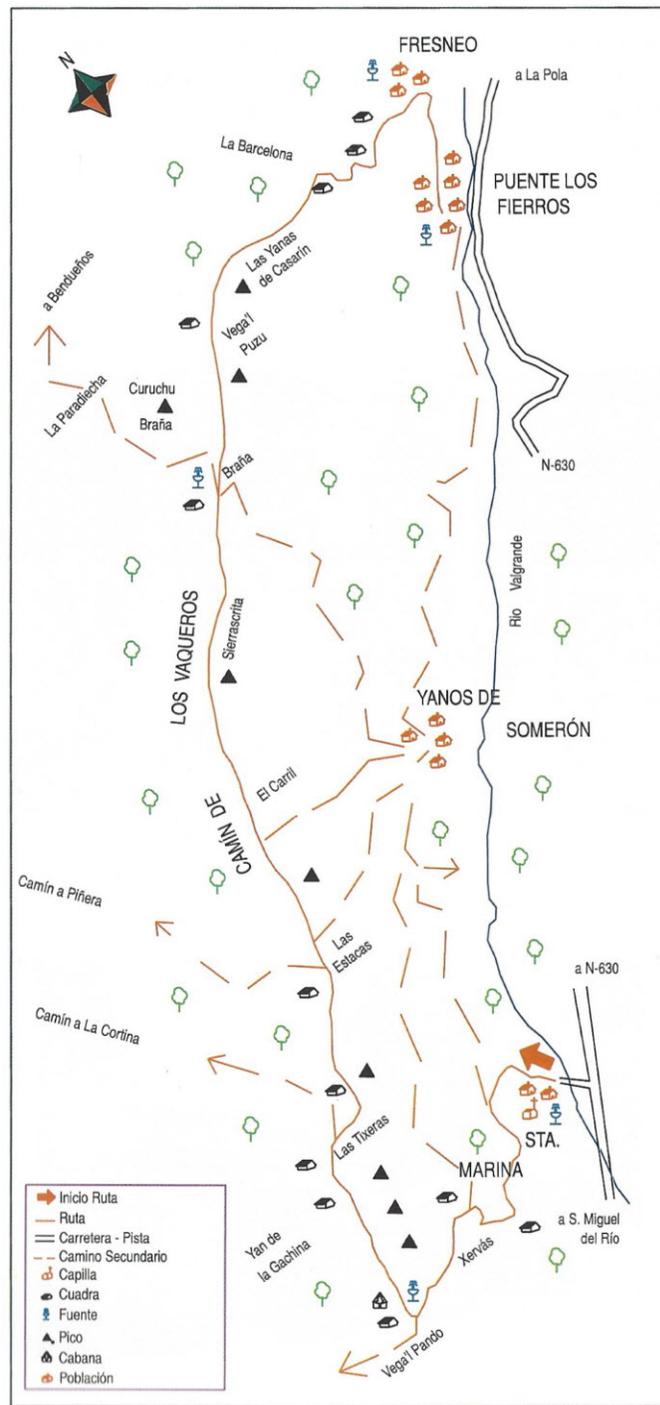
Cordal abajo, con las cenizas del *fayeru* pintadas en las chirucas y en el alma, descendemos en hilera todavía escasos en palabras.

Pasamos sobre El Yanón y Las Yanas de Casarín (estirados rellanos a nuestra derecha, bajando); por Las Mestas (unión, *amestaú- ra*, de algunos canalizos); por *La Barcelona* (como suena): primero una *bárcena* (voz prerromana) en la que nunca llega a agotarse el 'agua'; por La Corrá, por La Casa'l Monte (ya sobre las casas del poblado); y por El Xitu (justo en la salida, el *exitu*, de las casas)...

Y nos unimos al *camín de peregrinos*

En el soportal de *La Barcelona* (con el mismo origen que en catalán —¡quién lo diría!), cavilamos un buen rato con Tomás, afable ganadero de Fresneo, con el que compartimos los últimos destellos de la tarde.

Escuchamos *sin apestañar* las imprescindibles palabras de Tomás, llenas de saber popular: sus ilusiones de niño, que fue dejando esparcidas en cada uno de estos senderos colgados del cordal; sus preocupaciones tras los ganados; los nombres del monte aprendidos de sus padres. Escuchamos *sin parpadiar* las palabras de Tomás,



selladas con sus propias sienes blanquecinas de tanto cavilar en el destino de un poblado.

A la altura de La Corrá, bajo La Barcelona, nos unimos al ancho camino que procede por la derecha de Munistiriú y Las Morteras (*el camín de peregrinos*). En pocos minutos damos entre las casas de Fresneo.

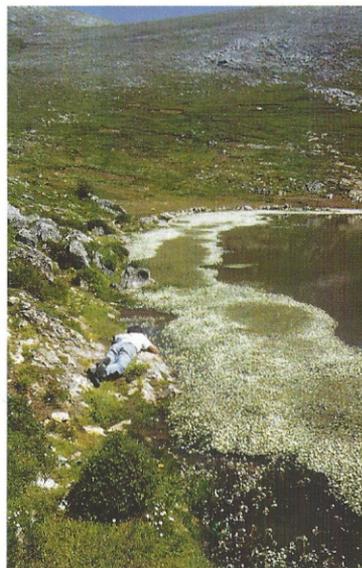
Cuando empieza a caer la tarde en la vaguada, nos despedimos de Tomás en La Muesa (casa más al suroeste del pueblo), mientras nos señala una senda que entra en Fierros por lo que fue *La Viguichina*, nombre hoy sepultado entre las vías del tren.



El Monte Castamar (sobre Carraluz)



La miel: *el miel*, estimado como otra medicina en los pueblos



El Chegu Los Veneros en primavera



Bosque con nieve



Al Alto los Veneros, entre las primeras flores de marzo



El bosque con nieve



Con la niebla en sala



Los Fitos de los *tímulos* (El Prau Chagüezos)